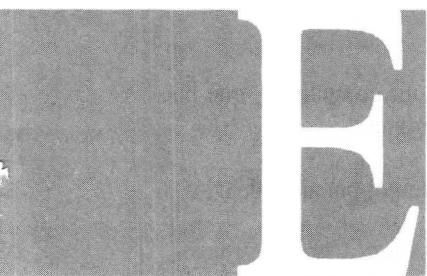


## Un español en la Grecia del siglo XVI

Horacio Castillo



l *Viaje a Turquía*, atribuido a Cristóbal de Villalón, constituye un singular y poco conocido testimonio sobre la Grecia del siglo XVI, a la sazón bajo el dominio otomano.

El libro, cuyo manuscrito está fechado en 1557, fue publicado en 1905 en la "Biblioteca de Autores Españoles" y reeditado en 1919 por Espasa-Calpe, de Madrid, texto éste que se ha tenido a la vista para la presente glosa.

Según Manuel Serrano y Sanz, catedrático de Zaragoza y primero en hablar de este *Viaje*, su autor sería el aludido Cristóbal de Villalón, aunque existen fundadas dudas sobre esa paternidad.

Al margen de ello, lo cierto es que quien lo escribió había pasado por Alcalá y aprendido su "Homero", al que invoca en su dedicatoria al rey Felipe, con cita en el idioma original y tipografía griega: "Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio...".

No obstante esa apelación, en sus palabras preliminares reconoce "el ruin estilo en que va escrito", por tratarse de un mero testimonio, en el que interesa más la verdad que la retórica y la elegancia. Precisamente, ese "bajo estilo" y la estructura dialogada que adopta, confieren su mayor atractivo a la obra, en la cual se relatan las andanzas del autor, hecho prisionero por los turcos mientras navegaba entre Génova y Nápoles en la armada de Andrea Doria.

El protagonista, que se da a sí mismo el nombre de



**Byzantion Nea Hellás**  
CENTRO DE ESTUDIOS  
BIZANTINOS Y NEOHELÉNICOS  
FOTIOS MALLEROS  
FACULTAD DE FILOSOFÍA  
Y HUMANIDADES  
Universidad de Chile

Pedro de Urdemales, se encuentra con dos amigos —Juan de Voto a Dios y Mátalas Callando— en el camino a Santiago de Compostela, donde piensa colgar los hábitos; es fraile que lleva hábitos falsos, pero que le han salvado la vida en su odisea.

Al comienzo, no reconoce a sus interlocutores, a quienes sólo contesta con locuciones litúrgicas en griego, que se transcriben fonéticamente en el texto y que dan lugar a graciosas conclusiones:

- JUAN: Deogracias, padre.
- PEDRO: “Metánia”. (Penitencia)
- MÁTALAS CALLANDO: ¿Qué dice?
- JUAN: Si queremos que taña.
- MÁTALAS CALLANDO: ¿Qué tiene de tañar?
- JUAN: Alguna sinfonía que debe de traer, como suelen otros romeros.
- Y en otro lugar:
- MÁTALAS CALLANDO: Habla aquí con mi compañero, que ha estado en Jerusalén y sabe todas las lenguas.
- PEDRO: *Ef logite pateres*.
- JUAN: Dice que es de las Italias y que le demos por amor de Dios.

La situación prosigue con un *Grego aqio Jacobos* y un *Aqapi Christu elemosini*, hasta que se da a conocer y se van a casa de uno de los amigos, donde comienza el relato de su cautiverio, que se prolongó —dice— tres o cuatro años.

La galera en la que viaja engrillado pasa por Lepanto y Patrae, y luego recalca en el puerto de Atenas para dirigirse a Constantinopla. Allí, haciéndose pasar por médico, consigue suavizar los rigores del cautiverio.

La vida en las galeras, sus aventuras y desventuras como médico improvisado, sus observaciones acerca de la condición de los cautivos en Constantinopla, la curación de un bajá y la sultana, constituyen episodios de notable riqueza, que exceden sin embargo, los propósitos de esta nota, limitada a su testimonio sobre la Grecia de la época, que recorre a partir de su fuga.

En ésta le ayuda un griego, de nombre “Estamatis”, dedicado a sacar cristianos, y que lo disfraza de fraile —*caloiero*, dice el autor—, aprovechando que el fugitivo ha aprendido el griego. El primer destino es la isla de Skiathos, de donde pasa a tierra y se pone en marcha rumbo al Monte Santo, varios de cuyos monasterios lo albergan y cuyas peculiaridades litúrgicas, y virtudes y flaquezas humanas describe.

De allí, luego de una serie de peripecias, vuelve a puerto y embarca con destino a Chíos, pero una tormenta —que le hace exclamar en griego *Na mas pari o diáolos olus* (El diablo nos lleve a todos)— lo devuelve a Skiathos.

De allí pasa a Limnos. “Esta isla —cuenta— es muy abundantísima de pan y

vino y ganado; pero de árboles no. Llegados al pueblo, en la primera casa estaban borracheando muchos griegos en un desposorio, y como yo preguntase si hallaría por los dineros un poco de pan, ellos nos hicieron, movidos a compasión, sentar, y como era Cuaresma, no tenían sino habas remojadas y pasas; y como vieron que no podía tomar el pan con las manos (por el terrible frío), mandaron sacar a la mesa un poco de fuego, y al primer bocado que comí, luego el escanciador me dio una copa de aguardiente.

- Parleros son al comer como vizcaínos —pregunta Mátalas Callando—.
- Con mucha más crianza. que esos hablan siempre a troche y moche y ninguno calla, sino todos hablan; mas los griegos, en hablando uno, todos callan. y le están escuchando con tanta atención que tendrían por muy baja crianza comer entretanto; y no os maravilléis de dieciséis horas, porque si es algo de arte el convite, seguirá manteniendo la tela los días con sus noches: agora sacan un palmo de longaniza; de aquí a una hora, ostras, que es la cosa que más comen; tras éstas, un poco de hinojo cocido con garbanzos o espinacas; de allí a cuatro horas, un pedacillo de queso; luego, sendas sardinas; si es día de carne, un poco de cocina cruda, y de esta manera alargan el convite cuanto quieren.

Ahora está en Chíos. La isla, amenazada por los corsarios —como ocurría en esos mares desde los tiempos anteriores a Minos— le parece “un jardín”, “un paraíso terrenal”.

“Está poblada —dice— principalmente por genoveses, de las casas principales de Génova y paga catorce mil ducados anuales como tributo al Gran Turco”; dineros que salen, en su gran parte, de los cultivos de mastija. El autor, que lo llama “almástica”, describe la planta como “una goma que llora el lentisco, como el pino trementina”. Y agrega: “El pueblo, como por veredas, es obligado a labrarlo y tener el suelo limpio como el ojo, porque cuando lloran los árboles están sajados y por allí sale, y ningún particular lo puede tomar para vender, so pena de la vida, sino la misma señoría lo mete en unas cajas y da con parte de ello a Génova y otra parte a Constantinopla; y tienen otra premática: que no se puede vender cada caja, que ellos llenan, menos de cien ducados, sino que antes la derraman en la mar y la pierden toda”. Añade el relator que se usa en medicina, para “desfleamar”, y para limpiar los dientes, “que los deja blancos y limpios”.

De Chíos, el protagonista se dirige a Esmirna, “de donde fue Homero”, y a la que considera “un pueblo de Troya”.

- De Troya, la mesma de quien hablan los poetas? —pregunta Juan de Voto a Dios—.

- PEDRO: De la misma.
- MÁTALAS CALLANDO: ¿Pues así es viva la ciudad de Troya?
- PEDRO: No había ciudad que se llamase Troya, sino todo un reino, como si dijésemos España o Francia; que la ciudad principal se llamaba el Ilio, y había otras muchas, entre las cuales fui a ver una que se llama Pérgamo, de donde fue natural el Galeno, que está en pie y tiene dos mil vecinos; pedazos de edificios antiguos hay muchos; pueblos, muy muchos, pero no como Pérgamo, ni donde parezca rastro de lo pasado. Los turcos, cuando ven edificios viejos los llama “esqui Estambul”, la vieja Constantinopla, y para los edificios que el Gran Turco hace en Constantinopla llevan cuanta piedra hallan en estas antiguallas.
- JUAN: ¿Y qué, aquélla es la ciudad de Troya?
- PEDRO: Todo lo que demás oyéredes es fábula.
- MÁTALAS CALLANDO: ¿No decían que tenía tantas leguas de cerco?
- PEDRO: Es verdad que Troya tiene más de cien leguas de cerco; ¿mas en qué seso cabe que había de haber ciudad que tuviese esto? Solamente el Ilio era la más populosa ciudad y cabeza del reino, y cae en la Asia Menor, y Abido es una ciudad de Troya que la batía el mar, enfrente de Sexto.
- MÁTALAS CALLANDO: En fin, eso lleva camino, y hase de dar crédito al que lo ha visto, y no a poetas que se traen el nombre consigo. Luego uno de sus interlocutores le pregunta si vio Atenas. He aquí el relato de este singular testigo: La ciudad está en pie, no como solía, sino como Pérgamo; de hasta dos mil casas, mas labradas no a la antigua, sino pobremente, como a la morisca.
- JUAN: ¿Y hay todavía escuelas?
- PEDRO: Ni en Atenas ni en toda Grecia hay escuela ni rastro de haber habido letras entre los griegos... La mayor escuela que hay es como acá los sacristanes de las aldeas, que enseñan a leer y dos nominativos; así, los clérigos que tienen iglesia tienen encomendados muchachos que, después que les han enseñado un poco leer y escribir, les muestran cuatro palabras de gramática griega y no más, porque tampoco ellos la saben.

A esta altura del relato, su autor entra en interesantes consideraciones sobre la lengua griega hablada, cuya formación suele remontarse a los siglos XI y XII de nuestra era. “Griego —dice— es su propia lengua que hablan comúnmente, y gramática es su latín griego, como lo que está en los libros”.

Su interlocutor pregunta si hay mucha diferencia entre una y otra. Y contesta Pedro: “Como entre la lengua italiana y la latina... En el tiempo de Demóstenes y Esquines, Homero y Galeno y Platón y los demás, en Grecia se hablaba el buen griego, y después vino a barbarizarse y corrompióse tal manera que no lo saben; y guardan los mismos vocablos, salvo que no saben la gramática, sino que no adjetivan. En lo demás, sacados de dos docenas de vocablos bárbaros que ellos usan, todos los demás son griegos”.

Y acompaña este ejemplo; que transcribo textualmente: “Dirá el buen griego latino: *Blepo en aanthropon*, “veo un hombre”; dirá el vulgar: *Blepo en antropo*.”

Juan, uno de sus interlocutores, pregunta si uno que ha estudiado griego en España puede entenderse con los que hablan allá en Grecia. A lo que responde el autor, que no: “Ni él a ellos ni ellos a él; porque, primeramente, ellos no le entienden por no saber gramática, y tampoco él sabe hablar, porque acá no se hace caso sino de entender los libros; ni éstos entenderán a los otros, porque como no adjetivan y mezclan algunos vocablos bárbaros, paréceles algarabía, y también, como no tienen uso del hablar griego, acá no abundan los vocablos... Yo por mí digo que, sin estudiarla más de cómo fui de acá, por aprender la vulgar me hallé que cada vez que quiero hablar griego latín lo hago también como la vulgar”. “La mayor dificultad que para la lengua griega tuve fue el olvidar la mala pronunciación que de acá llevé, y sabía hablar elegantemente y no me entendían; después, hablando grosero y bien pronunciado, era entendido”.

Pero, como dice el propio autor en este punto, “acabemos de saber el viaje”.

El barco en que viaja toca luego la isla de Samos, donde permanecen tres días a causa de una tormenta. Según el narrador, la isla está deshabitada, pues desde los tiempos de Barbarroja las gentes sufrían grandes padecimientos, por lo que fueron a poblar otras tierras, dejando allí gallinas y ganado que se multiplicaron y volvieron salvajes. Luego va a Milo, pasan entre Míconos y Tino y llegan a Delos, “que aunque es pequeña —dice— es de todos los escritores muy celebrada, porque estaba allí el templo de Apolo, adonde concurría cada año toda la Grecia”. Aún hay en ella, agrega, infinitos mármoles que saca y los lleva quien quiere, y antiguallas muchas se han hallado y hallan cada día.

De allí pasa a la isla de “Sira”, “donde hay un buen pueblo, y vi las mujeres que no tienen más largas las ropas que hasta las espinillas, y cuando sienten que hay corsarios, todas salen valerosamente con espadas, lanzas y escudos, mejor que sus maridos, a defenderse y que no les lleven el ganado que anda paciando en las riberas del mar”.

Luego de otras islas —el autor dice haber conocido unas cincuenta— pasan a la vista de Candia (Heraklion) y entran finalmente en el golfo de Venecia, dando comienzo a la peregrinación por Italia, ahora ya fuera de peligro, y hacia su meta de Santiago de Compostela, donde encontrará a los interlocutores de su singular relato.

Sin duda, como hemos visto, no es la visión de un viaje contemplativo, sino la

apresurada crónica de un fugitivo, interesado sólo en registrar sus peripecias y alguna que otra pincelada sobre el mundo circundante. Antonio G. Solalinde, en el prólogo de este libro, se lamenta de que el autor y héroe del *Viaje* sea insensible ante las bellezas artísticas que por fuerza contempló en Constantinopla y en los monumentos griegos e italianos. Esto sólo, bastaría para descartar como autor a Cristóbal de Villalón, que escribió, entre otras obras, una “Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente”, en la que se predica sobre arte y se describen obras de la arquitectura, estatuaria y pintura de España y de fuera de España.

Es que su autor, repetimos, quienquiera que sea, no se propuso otra cosa que documentar, “en bajo estilo”, las fatigas de los pobres cautivos, denunciando a la vez cosas y males de los propios cristianos y de “aquel monstruo turquesco, vituperio de la natura humana”.

Es, si se quiere, una obra que oscila entre el relato de viajes y la picaresca, con esa cuota de filosofía doméstica que emana la necesidad. “¿Qué hombre hay en el mundo —escribe— que la pobreza no le haga ser vil y hacer mil cuentos de vileza? ¿Y qué hombre hay tan vil que la riqueza no ennoblezca tanto que le haga ilustre, que le haga Alejandro, que le haga César y de todos reverenciado?”. De cualquier manera, aun con ese déficit que le atribuye la conciencia moderna, este relato de un fugitivo ofrece sugestivos detalles sobre aquella Grecia de la “turkokratía”, sus hombres, sus costumbres, su nueva lengua; sobre aquella Grecia que todavía debía esperar varios siglos para reencontrar la luz, esa luz que es la esencia misma de su identidad.

En las transcripciones del texto original se ha aligerado la ortografía y la sintaxis a fin de hacer más accesible la lectura.

## A Spaniard in sixteenth century Greece

HORACIO CASTILLO

Horacio Castillo presents a commentary on *Viaje a Turquía* (1557) (A Journey to Turkey), a work supposedly attributed to Cristóbal de Villalón. Villalón studied at the University of Alcalá, where he doubtlessly studied Homer, as he quotes him with great precision. Having joined the naval forces of Andrea Doria, he was imprisoned by the Turkish Ottomans and, when set free later, he travelled and relates his various impressions in Greek territories.

Cristóbal de Villalón, writing under the name of Pedro Urdemales, acknowledges that he has a "ruin estilo" (vile style), as he is presenting a mere testimony, in which there is more interest in truth than in rhetoric and formal elegance. From here the special importance of the various historical —geographical information on the Greece of his time, mid-sixteenth century. Among other points, Horacio Castillo makes a special reference to the following: condition of captives in Constantinople; virtues and defects of the monks of the Sacred Mount; a popular wedding feast in Limnos; and the cultivation, economy it brings about and medicinal virtues of the "mastija", which the author calls "almástica" (Trans. note: almástica = mastic: a yellowish resin obtained from a small Mediterranean evergreen

tree, *Pistacia Lentiscus*, of the cashew family, used as an astringent and in making varnish, adhesives, and so on.). Of special importance are his observations on the use of the Greek language, so far off —as he says— from the ancient classical forms.

The journey of Cristóbal de Villalón may be summarized as follows: he visits the isle of Samos, which he finds uninhabited; Delos, well known because of the ancient cult of Apollo, now rich in marble; Sira, an isle of brave women who, at the approach of corsairs, wield sword and lance to fight against them without fear; Chios, a "veritable garden or earthly paradise" ... The author says he has visited another fifty islands.

Nevertheless, Horacio Castillo has some objections concerning the documentary value of *Viaje a Turquía*: "It is not the vision of a contemplative journey, but the hurried chronicle of a fugitive interested in registering his dangerous experiences, offering at the same time a few brushstrokes on the surrounding world". The object of the work is to tell the story of "the labours of the poor captives and to denounce the Turkish monster, dregs of human nature".

Trans. by  
HENRY LOWICK-RUSSELL